

Maine de Biran: Una filosofía autobiográfica

La estrecha carretera que recorre los ocho o nueve kms. entre St. Aubert y Bergerac va adentrándose a través del constante verdor en una región de montes bajos, pero de magníficas y amplias perspectivas.

St. Aubert aparece de repente. Es una pequeña comuna de la Subprefectura de Bergerac. A la entrada, su iglesia, de una sola nave, está situada en el centro del pueblo y, rodeándola, se conserva el cementerio. Detrás, al fondo y a la izquierda, reposan los restos de Maine de Biran, en una tumba muy deteriorada por las inclemencias del tiempo y con los barrotes de la verja, que rodean el túmulo, totalmente oxidados.

Confieso que me impresionó, y aún me impresiona ahora el recordarlo. Estaba ante la tumba de Maine de Biran, el 14 de julio de 1974. Con gran dificultad pude leer una parte de la inscripción de la losa, y aquí, tomándola de mi agenda, la transcribo: «*Ici repose Maine de Biran, Conseiller D'Etat, 1766-1824*». Y un poco más abajo, otros dos nombres: «*Maine de Biran Félix, 1796-1879, Chevalier...*» (no pude descifrar las siguientes palabras) y «*Louise Fournier Maine de Biran, 1768-1805*». Hijo y esposa de Maine de Biran, respectivamente.

Salí del cementerio con la intención de visitar «Grateloup», que fue el lugar de residencia habitual de Maine de Biran. No tuve más remedio que preguntar. La gente sencilla y campesina conoce bien «Grateloup». De Maine de Biran les suena el nombre y el pequeño busto que sobre un pedestal de piedra fue colocado en la plaza de la comuna por unos señores que vinieron de Bergerac y de París el día del centenario de su muerte. Para ellos Maine de Biran fue un personaje importante, que está enterrado en el pueblo.

Mi interés iba en aumento. Pero de los familiares y descendientes de Maine de Biran, aquella gente, que me hablaba con respeto e interés, nada sabían. Solamente anoté un nombre: Mme. de Ramefort. Nombre que justificadamente está relacionado con el castillo y la finca de «Grateloup», porque aquella es la descendiente directa de Maine de Biran.

Para llegar a «Grateloup» hay que recorrer por los montes, llenos de arbustos y de verdor, un par de kms. Desde la entrada de la finca y hasta el castillo escoltan el camino unos gruesos plátanos plantados por el propio Maine de Biran, como él mismo nos cuenta en su diario.

Según los informes de los labradores de St. Aubert, «Grateloup» está cerrado todo el año, exceptuando algunos días en que vienen a pasar las vacaciones sus propietarios. Pero la suerte me favorecía. Precisamente esos días estaban los dueños del castillo. Tuve la enorme satisfacción de saludar y charlar ampliamente con los descendientes directos de Maine de Biran y actuales propietarios de «Grateloup»; disfruté de su hospitalidad y amabilidad, me acompañaron en la visita al castillo y a la finca, dándome todo tipo de explicaciones, y me hicieron recordar tantos y tantos pasajes del Diario de Maine de Biran, en su mismo entorno natural. La panorámica de la parte posterior de la finca, sobre el valle, y el pequeño riachuelo evocaron el recuerdo de la romántica descripción del atardecer, que tan profundamente impresionara a Biran. Del castillo solamente está conservado, según el ambiente en que vivió Biran, la planta baja. En los distintos salones han ido reuniendo y disponiendo con gusto, muebles, cuadros... y demás objetos pertenecientes a Maine de Biran o directamente relacionados con él.

Su biblioteca personal está conservada con especial cuidado. Nunca agradeceré suficientemente a Mme. de Ramefort y a sus hijos la confianza y amabilidad que derrocharon conmigo, al permitirme pasar largas horas encerrado en ese despacho-biblioteca, pequeño pero acogedor, que en otros tiempos habitara Maine de Biran. Está todo él rodeado de vitrinas repletas de sus libros. Según me informaron fueron H. Gouhier y el Canónigo Mayjonade quienes agruparon los volúmenes por materias: Filosofía, política, religión... Anoté en mi agenda los títulos y colecciones completas de los volúmenes, muchos de ellos con anotaciones en los márgenes del propio Biran. Tuve ocasión de examinar la mayor parte de las publicaciones que se han hecho sobre el propio Maine de Biran y que, con todo esmero, sus descendientes van reuniendo, así como sus objetos personales: su espada, condecoraciones, la cartera de Consejero de Estado, etc...

Abandoné «Grateloup», tras haber tenido el honor de firmar en el libro de visitantes, donde se encuentran las firmas de los pioneros del biranismo.

* * *

Pero es un hecho que tanto la persona como la obra de Maine de Biran son prácticamente desconocidas. No tenemos más que ver el escaso número de sus ediciones y el lugar tan poco destacado que ocupa en las historias de la filosofía, para confirmarlo. Y, sin embargo, cuando se han leído detenidamente sus 14 volúmenes de obras publicados por Tisserand y los tres volúmenes, en los que H. Gouhier presentó su Diario, no deja de causar asombro el que Maine de Biran no tenga un puesto más importante entre los más célebres pensadores y que no sea citado en temas de investigación, en los que él tendría bastante que decir. Pero la realidad es ésta.

Intentando buscar una justificación al desconocimiento y olvido de Maine de Biran, al menos hasta hace muy pocos años, he llegado a la conclusión de que ello se debe fundamentalmente a estas dos causas: en primer lugar, a la total oposición del biranismo en el ambiente ideológico de la época que le tocó vivir; y, en segundo lugar, a la oscuridad que siempre lleva consigo una filosofía, calificada por muchos de autobiográfica.

Las páginas que siguen no pretenden ser más que una reflexión, a título quizá introductorio de futuros trabajos, sobre las circunstancias que enmarcan, justifican e, incluso me atrevería a decir, que explican la peripecia intelectual y existencial de una vida. En este caso se trata de la vida y de la obra de Maine de Biran*.

El biranismo en el ambiente filosófico de su época

1766 y 1824 son las dos fechas que enmarcan la existencia de Maine de Biran. En el plano político y social le han afectado los peligros de la Revolución y la inestabilidad que supone el paso de una edad a otra. Le tocó en suerte vivir la coyuntura de una época histórica en la

* Para mayor brevedad, al citar las ediciones clásicas de las obras de Maine de Biran, emplearé las siguientes abreviaturas:

— O. T. I, II... XIV, remite a P. TISSERAND: *Oeuvres*, 14 Vols. Paris, Alcan, 1920-1949.

— J. I, II, III, remite a H. GOUHIER: *Maine de Biran, Journal*, 3 Vols. Neuchâtel, La Baconnière, 1954-1957.

que moría la Edad Moderna y surgía, con unas perspectivas insospechadas, la Edad Contemporánea. Pero si su peripecia biográfica, siendo monárquico en pleno ambiente revolucionario, fue realmente grave, su aventura ideológica no lo iba a ser menos. Me refiero concretamente a la incompreensión de que fue objeto su pensamiento, al contrastar radicalmente con la ideología imperante. A pesar de la expresión de Cousin: «Lo he dicho y lo repito con entera convicción: Maine de Biran es el primer metafísico francés de mi época»¹, y a pesar del comentario de Royer-Collard, a la salida de sus exequias el 22 de julio de 1824, en la iglesia de Santo Tomás: «C'était notre maître a tous»², sin embargo, la realidad de la incompreensión ideológica que padeció Maine de Biran a lo largo de su vida está claramente narrada en su diario.

Y no vamos a bajar en este momento hasta el detalle de la diversidad esencial que supone el pensamiento de los últimos años de Biran y la mentalidad general de su época. Sólo pretendo hacer ver que la línea fenomenista y positivista que, desde Bacon, se extiende, a través de Locke, hasta Condillac y los ideólogos, contrasta claramente con el biranismo. En mi opinión, aquí radica la incompreensión, por un lado, y el desprecio y el olvido que tuvo que sufrir nuestro autor, por otro.

Toda la obra de Biran «rezuma» una crítica profunda al método que se emplea en filosofía y en concreto en el estudio sobre el hombre. Hasta el punto que terminará por afirmar que existen hechos que son irreductibles a la simple sensación o a la combinación de sensaciones. Superará al fisiologismo localista y, desde la fisiología misma, descubrirá que no todo en el hombre cabe dentro de los métodos de observación, experimentación y clasificación de las ciencias positivas. En una palabra, Biran se va a anticipar en un siglo, casi, a los temas de la actual psicología... Pero ésta será su tragedia. Pues se da muy pronto cuenta de que ni Descartes, ni el resto de racionalistas han llegado a una explicación que le convenza, sobre la ciencia del hombre interior. Y lo mismo le ocurrirá con sus primeros maestros ideólogos. Por eso su vida intelectual tendrá necesariamente que ser una navegación en solitario.

Su problema no era nada fácil. ¿Cómo explicar con una terminología hecha para las ciencias positivas, realidades de experiencia interna y hechos del sentido íntimo?

1. V. COUSIN, *Oeuvres philosophiques de Maine de Biran*, Paris, Ladvantage, 1841, Vol. I, p. XLII.

2. LA VALETTE MONBRUN, *Journal intime*, Paris, Plon, 1927.

Biran se lamenta de que en sus reuniones filosóficas no le entiendan: «He asistido a la reunión metafísica que normalmente celebro en mi casa. He leído una larga memoria sobre la causalidad, que no ha sido comprendida en absoluto por unos, y que ha sido violentamente atacada y combatida por otros: M. M. Royre-Collard, Curier y Guizot. Estas discusiones no producen ninguna luz y no hacen más que irritarme. Después me siento descontento de mí mismo, dando vueltas y vueltas, sin poder evitarlo, a este círculo de ideas...»³.

Pero si estas discusiones le desequilibran e irritan, lo que le resulta totalmente insoportable es el hecho de que sus interlocutores se burlen, incluso, de lo que intenta exponer sobre el mundo interior, sin tener conocimiento alguno del tema: «He comenzado sin ninguna fortuna una discusión sobre la metafísica, de la que se suelen burlar sin tener la menor idea sobre este tema; entre nosotros no se concibe la vida interior, se le considera como locura y vaciedad..., se niega lo que no se conoce y no se quiere conocer... Yo conozco tan bien como vosotros el mundo exterior y lo juzgo, vosotros no tenéis ni idea de mi mundo interior, ¿cómo queréis juzgarlo?»⁴.

Biran se da cuenta con toda claridad del desprecio que su época profesa a todo lo metafísico y a la vida interior. Y no sólo lo ve, sino que lo sufre.

Cuatro años antes de su muerte confiesa con cierta amargura que aunque sus ideas «tuviesen algún valor intrínseco (y no pretendo con ello convencer a nadie), estoy convencido, de antemano, de que si así fuera, sólo sería reconocido por un número muy reducido de mis contemporáneos que tienen la costumbre y el placer de la meditación solitaria y que aman y practican la vida interior»⁵.

Y en 1817, nos dice, en el Diario, que el preocuparse del estudio filosófico y de la vida interior le perjudica positivamente en el desempeño de sus funciones profesionales. Biran es consciente de que debe renunciar a la gloria y a los honores. Su época no es la de Descartes ni la de Spinoza. Estas son sus quejas.

«Para ocuparse de la filosofía, es necesario renunciar a la gloria. He experimentado cada día que el estudio de lo interior, lejos de proporcionarme alguna ventaja real en el mundo, es contrario al papel que yo debería representar en él, y me separa incluso de los que me desean el bien. En nuestro siglo, los hombres que se ocupan de la filosofía, sobre

3. J. I, p. 29.

4. J. II, p. 56.

5. O. T. XIII, p. 4.

todo de la metafísica, no sirven para nada. Yo hubiera debido nacer en la época de Descartes»⁶.

En otro momento, repite esta misma idea: «Debería haber vivido en los tiempos felices de la monarquía, cuando Melebranche, Arnault, Leibnitz, Pascal, etc... concedían tanta importancia al ejercicio de la meditación...»⁷.

Son, creo, suficientemente expresivos estos textos. Efectivamente es cierto, como nos dice Bergson, que el pensamiento de Biran no encontró «un medio de expresión adecuado y completo»⁸, pero no es menos cierto que las dificultades, tanto internas como externas, que estamos analizando, justifican en gran medida estas «oscuridades» y la realidad de su desconocimiento y olvido.

Con todo, y pese a lo dicho, poco a poco va madurando su pensamiento. Va pasando de la oscuridad, a los atisbos luminosos de una hipótesis; de un fracaso total, a un empezar de nuevo, con la esperanza de la pasada experiencia, frente a todo el ambiente ideológico hostil...

Hasta que, por fin, en el ocaso de su existencia cree haber llegado a conclusiones serias sobre la ciencia del hombre interior. Ha descubierto la realidad de la vida del espíritu como un hecho más en sus profundizaciones psicológicas e introspectivas, y se da cuenta que la psicología se le queda pobre. Una Antropología que englobe la vida animal, la vida humana y la vida del espíritu, que estudie cada campo en particular y sus múltiples interconexiones, será la obra de su vida, y el legado que deje tras de sí. Pero la muerte cortará sus «*Nouveaux essais d'anthropologie*» y sólo nos legará en las últimas páginas del Diario el proyecto del edificio; y disperso, en montones informes, el material de la obra.

Este hecho y la convicción profunda, a que llegó en sus últimos años de su existencia, de una dimensión religiosa claramente sentida en sí mismo y descrita en su diario, crearon en torno a Biran una aureola de misticismo y religiosidad, que de ningún modo podía persistir, como científica y seria, en el ambiente ilustrado. Y se me ocurre que aquí pueden tener su justificación los «falseamientos» que tanto Naville, como A. de la Valette Monbrun, hicieron, retocando los párrafos en que Biran hablaba de religión. Ha sido Tisserand, en la obra de su tesis, quien ha visto y ha descrito con solidez de argumentos y textos, esta

6. J. II, p. 57.

7. J. I, p. 102.

8. J. CHEVALIER, *Entretiens avec Bergson*, Paris, P.U.F., 1952, p. 80.

profunda conexión, que la vida del espíritu guarda con el resto del pensamiento de Maine de Biran.

Pero para una época «ilustrada», donde se ha criticado, tanto y de tantas maneras, todo sentimiento y toda realidad que tuviera relación con lo religioso, esto era ininteligible, cuando no calificado de oscurantismos metafísicos.

Esta es, como vemos, quizás la mayor de las tragedias de la vida de Biran.

Perfil psicológico de Maine de Biran

Si el estudio del hombre, que en definitiva resume el biranismo, ha sido provocado o motivado por el hombre concreto que fue Maine de Biran y por las contradicciones que se fundían en el personaje político, intelectual y personal, será de un gran interés conocer su psicología para así comprender mejor su obra.

Didier Anzieu compara a Biran con Freud y dice expresamente que «la psicología elaborada por Biran es inseparable de la psicología propia del hombre Biran. Tres cuartos de siglo más tarde, el descubrimiento freudiano presentará la misma dualidad: el auto-análisis será para Freud la experiencia personal privilegiada en el seno de la cual integrará todos los hechos nuevos establecidos por él o por sus predecesores, y construirá el psicoanálisis»⁹.

Pues bien, en este auto-análisis vamos a limitarnos a escuchar al propio Biran, colocándonos a su lado, en la tranquilidad de su despacho de «Grateloup» y recorriendo con él las páginas más íntimas de su diario.

Ya desde sus primeros años Biran nos cuenta cómo siente en sí una predisposición natural a la psicología, a la contemplación de sí mismo, de su «petit monde intérieur»¹⁰: «Estoy dotado por naturaleza de la apercepción interna, y tengo, para lo que sucede en mi interior, la intuición que los demás hombres tienen para los objetos externos»¹¹.

«A menudo me divierto al ver sucederse mis diversos estados de ánimo; son como las aguas de un río, unas veces en calma y otras agitadas, pero siempre sucediéndose sin ninguna permanencia»¹².

9. D. VOUTSINAS, *La psychologie de M. de Biran*, Paris, S.I.P.E., 1964, Prefacio.

10. J. I, p. 186.

11. J. II, p. 136.

12. J. III, p. 3.

Pero este divertirse en verse existir, supone una delicadeza y una finura de espíritu, que va a chocar con el trato de los hombres del mundo. Esta va a ser una de las constantes torturas de Maine de Biran. El fracaso en la vida activa será una consecuencia de esta timidez y delicadeza de carácter: «Un hombre, que vive en la soledad habitualmente —nos confiesa— cuya única felicidad consiste en disfrutar de él mismo, en saborear la tranquilidad preciosa para aquel que ha sido hecho para disfrutarla, se siente muy molesto cuando se ve forzado a salir de su retiro, para cumplir con sus obligaciones habituales o para relacionarse con la sociedad... Si su corazón sensible le ha pintado los hombres como él desearía que fueran, ¡qué contraste, cuando vea el retrato al natural!, ¡cómo se desvanecerían estas quimeras!»¹³.

Me parece altamente expresiva y poética esta descripción de su estado de ánimo, a la vuelta de una visita que hace a la ciudad, tras haber pasado una temporada en la tranquila paz de su retiro de «Grateloup»: «He estado hoy en la ciudad. He llevado allí un espíritu recogido, un corazón sereno; vuelvo turbado, agitado e inquieto. He visto mucha gente, he recibido sus cumplidos, señales de afecto, de interés, pero la envidia y el disimulo se veían a través de estas manifestaciones afectuosas. ¡Cuántas máscaras y ni un solo corazón! Sin embargo he tenido que comportarme como si los cumplidos fuesen verdaderos, he tenido que ponerme una máscara como todo el mundo, pues sería absurdo presentarse con la cara desnuda ante todos estos señores... Pero eso no es todo: se entabla una conversación, ¿y sobre qué?, no es sobre las cosas, sino siempre sobre personas, y la malicia hace acto de presencia sin dificultades mayores; y no hay más remedio que seguir la conversación, bajo pena de pasar por tonto, por maleducado. Es decir, hay que ser también malvado, y hay que permitir que se desprestigie ante nosotros a un hombre honrado. ¡Qué suplicio supone el tener que mentirse a uno mismo!, cuando no hay en el corazón más que sentimientos honrados. ¡Qué tormento representa el tener que presentarse como un malvado! ¡Ah!, volvamos a nuestros campos. En ellos se puede ser bueno sin pasar por tonto, y se puede ser uno mismo, sin contradicción»¹⁴.

Ese deseo de soledad nace en él de una manera natural. Su «*reve-nons dans nos champs*», mezcla de hastío y decepción, se repetirá a lo largo de toda su vida, sobre todo cuando, tras un día de intensa acti-

13. J. III, p. 15.

14. *Ibid.*, p. 16.

vidad política y social se siente por la noche ante su diario. Biran es un gran lector de Horacio y un gran cantor de su «*Beatus ille...*»¹⁵.

Biran empieza a admirarse de sí mismo, y si el admirarse fue el principio del filosofar, no cabe duda que en estos momentos estamos asistiendo al nacimiento de un filósofo. ¿Qué es «lo que me impide aún sacar provecho del trato con los hombres»?¹⁶. ¿Qué es lo que hace que cuando estoy en contacto con la sociedad «diga lo que no quería decir, haga lo que no quisiera hacer...», todo el mundo me influye y me impone sus deseos, incluso los más ignorantes, aquellos que en todo me son inferiores, toman sobre mí un dominio tal, que la debilidad de mi carácter no es capaz de superar?»¹⁷.

Biran, como vemos, se rebela ante sí mismo, ante su debilidad de carácter, y ante su timidez. Toda su filosofía y el esfuerzo de toda su vida va a consistir en esto precisamente: ¿Cómo lograr el dominio de sí, cómo llevar una existencia en conformidad con los dictámenes de la razón y no siguiendo los estímulos externos?

No hemos hecho más que leer las primeras páginas de su diario y ya vemos las dos ideas básicas del biranismo: que su filosofía nace como una necesidad vital y que el dominio de sí, lo moral en definitiva, es el eje central de su antropología.

Pero en la persona de Biran existe otro aspecto de enorme interés; es lo que podría denominarse su carácter bipolar: por un lado, la natural predisposición a la vida retirada y tranquila, y por otro el constante intento de integración en la vida del mundo, sin ser zarandeado, hasta el desequilibrio, por ella. Esta bipolaridad será una constante en la vida de Maine de Biran. Todo su diario es una alusión continua al intento de conciliación de ambas tendencias, en vistas al equilibrio que proporciona el dominio de sí y lo moral.

En el prefacio a sus «*Nouvelles considérations sur les rapports du physique et du moral dans l'homme*», nos habla de esta bipolaridad de carácter, de estas dos maneras de existir que cortan en dos la historia de su vida: «Cuando estaba en el mundo, decía Montesquieu (en uno de sus Pensamientos), no concebía cómo se podría vivir en la soledad y cuando he conocido la soledad, he concebido aún menos cómo se puede vivir en el mundo. Esta es la historia de mi vida, escindida en dos partes bien marcadas, la del mundo o de los negocios, y la de una soledad completa consagrada a la meditación psicológica. La alternan-

15. J. III, p. 287.

16. *Ibid.*, p. 16.

17. *Ibid.*, p. 17.

cia y los contrastes de estas dos formas de existencia, unidos a una inclinación natural hacia las cosas de la observación interior, explican a la vez el género y la forma de mis escritos filosóficos y la obscuridad en la que he creído debía dejarlos hasta hoy»¹⁸.

Como muy bien observa Voutsinas, «Biran siempre tiende a refugiarse en la psicología»¹⁹. Y el propio Biran lo reconoce en diciembre de 1814: «Soy melancólico, y me encuentro menos dispuesto para la actividad exterior y mucho más inclinado a profundizar en mí mismo; de esta forma me veo llevado a las meditaciones psicológicas como por un instinto que se renueva periódicamente con una gran fuerza»²⁰. Y un poco más adelante dice: «Estoy casi siempre en conversación conmigo mismo»²¹.

Es precisamente este refugio en el instinto, que se renueva periódicamente, lo que quiero hacer resaltar en estos momentos. Esta postura dinámica en su personalidad, la conciencia de no ser dueño de sí y, sin embargo, intentar llegar por todos los medios a una postura de auto-dominio moral, es, sin duda, la base del biranismo y uno de los motores de toda su evolución.

No nos extrañará ya que el estoicismo constituye para Biran el modelo y la síntesis de todo lo que a él le falta. El estoico es el ideal, el carácter fuerte y firme ante las olas de las pasiones y las dificultades. El estoico es el único ser auténticamente moral, que piensa racionalmente y realiza con su voluntad firme lo que su razón dictamina. Pero el problema para nuestro personaje consiste en «saber cómo llegar a ser un Epicteto o un Marco Aurelio cuando se es Maine de Biran»²².

Es la base del biranismo y la primera piedra.

Ante la admiración por el estoicismo Biran contrasta su situación. Su «máquina» enferma, se encuentra desgarrada en lo físico y en lo intelectual por tendencias totalmente contradictorias. Veamos algunas de sus angustiosas quejas, esparcidas, como monumento al constante esfuerzo por llegar al dominio de sí, en casi todas las páginas de su diario: «Todo contribuye a lanzarme fuera de mí y a convertirme en un hombre ordinario, mientras que permaneciendo tranquilamente en mi despacho, podría dejar algún rastro útil y digno de mi paso por el mundo. Soy un hombre fuera de lugar y frustrado; no me hallo en

18. O. T. XIII, p. 1.

19. VOUTSINAS, *Op. Cit. in Nota 9*, p. 38.

20. J. I, p. 22.

21. *Ibid.*, p. 31.

22. H. GOUHIER, *Maine de Biran par lui-même*, Paris, Ed. du Seuil, 1970, p. 30.

armonía ni con las cosas ni conmigo mismo»²³. «Una de las rarezas de mi carácter es odiar la esclavitud del mundo, de los negocios, de las visitas, etc... y sin embargo sentirme siempre inclinado hacia ellos sin ninguna necesidad hasta el punto de ser su esclavo. Esta contradicción se basa en dos tipos de hábitos, que han llegado a ser en mí como dos instintos opuestos»²⁴.

Esta dualidad, que como digo, es una constante en la vida de Biran, va a ser el continuo lamento de las páginas del diario. Acabamos de ver cómo el propio Biran se reconoce con una tendencia, casi instintiva, hacia el retiro y la soledad y cómo, por otro lado, nos muestra que, a pesar de esta aversión al mundo, los asuntos públicos y las visitas cortesanas, se ve envuelto en ellos sin remedio. Biran culpa de esta paradoja, que le desgarran en su interior, a su constitución y debilidad orgánica y a la excesiva excitabilidad de las fibras de su cerebro. «Lo cual me impide sacar el menor fruto del contacto con los hombres. Es una falta que depende, según creo, de mi organismo. Nunca he podido, pese a todos mis esfuerzos y propósitos anteriores, mantener una opinión con serenidad; las fibras de mi cerebro son tan variables que ceden ante la impresión de los objetos sin que yo pueda detener su movimiento»²⁵.

La conciencia de su estado enfermizo y sobreexcitable, es otro de los temas en los que se refugia y a la vez de donde pretende salir. «Solamente las gentes enfermas se sienten existir»²⁶, nos dice en 1794, como explicación a su tendencia introspectiva.

Y es precisamente esta conciencia de enfermo y de débil de carácter lo que será uno de los componentes que den lugar a la ciencia de las facultades, en Biran.

Quizás no sea muy aventurado pensar que el ser plenamente consciente de su permeabilidad ante las distintas situaciones cambiantes es lo que influyó decisivamente en él, para recoger la antorcha, abandonada por Rousseau, del proyecto de una moral sensitiva. Un hombre que pasa las noches en vela, que no siente seguridad en sí mismo y cuya timidez le lleva al sentimiento de la nulidad absoluta, no es de extrañar que intente, como la obra de su vida y como la solución a nivel personal, realizar el proyecto de «moral sensitiva» que sugirió y no realizó Rousseau. «Me he debatido toda la noche, descontento de mí

23. J. I, p. 23.

24. J. I, p. 187.

25. J. III, p. 17.

26. O. T. I, p. 65.

mismo, sintiendo que todo se me escapa, tanto en el mundo intelectual como en el físico». Y más adelante: «No siento en mí la menor estabilidad energética. No tengo fuerza más que para correr en coche de casa en casa... mis noches, casi siempre, están agitadas por movimientos nerviosos...». «He caído en un estado de enfermedad intelectual y moral y tengo conciencia de mi nulidad. Hay momentos en que no puedo acordarme de los nombres que me son más familiares; me quedo cortado al hablar, e incluso al escribir, por no poder recordar el nombre de las cosas o de las personas; es una verdadera enfermedad del espíritu, una debilidad que guarda estrecha correspondencia con la de las fuerzas físicas»²⁷.

Y este sentimiento profundo de su timidez e inseguridad personal repercute en todos los aspectos de la vida y la obra de nuestro personaje. Analicemos brevemente algunas de estas situaciones.

Son innumerables las páginas del Diario que nos hablan de su timidez: «El hombre que tiene conciencia de su debilidad no puede aspirar a ejercer un gran dominio sobre los otros»²⁸. Y unos años después Biran justifica perfectamente su miedo a hablar en público y a figurar en los actos oficiales: «En las diversas situaciones sociales, en los banquetes de la corte, en los que me dejo llevar por puro capricho, no conservo más que el grado de personalidad y de reflexión necesarios para darme cuenta de la degradación, de la nulidad de mi ser pensante y de la inutilidad de mi vida...»²⁹.

En este contexto es donde adquieren sentido auténtico las ideas que más arriba expusimos sobre la estrecha correlación que guardan la vida y la obra de nuestro personaje. Cuando Biran se ve fracasado y humillado por su timidez, cuando su organismo superexcitable le hace estar de un humor u otro, según las estaciones, temperaturas, etc., y no según sus deseos, es cuando se refugia bajo «le manteau philosophique». En Biran se invierte el *primum vivere, deinde philosophari*; pero su dedicación a la filosofía, al estudio de las facultades y a la ciencia del hombre interior, no deben interpretarse como un refugio pasivo. Muy al contrario. Si Biran recurre a la filosofía, lo hace porque es el único refugio de donde puede obtener las fuerzas necesarias para una vida con auténtico sentido.

Pero dejemos que sea el propio Biran quien nos cuente cómo viene al refugio filosófico en busca de medicina moral, para su carácter tí-

27. J. I, p. 23.

28. J. III, p. 129.

29. J. I, p. 30.

mido y enfermo: «¿Por qué no hablo nunca en las asambleas? Todos me dirigen esta pregunta y me hacen este reproche de forma directa o indirecta. Respondo que no hablo para no decir tonterías. ¡Ya hay tantos que se encargan de hacerlo por mí! La naturaleza no me ha destinado a influir en los otros por la palabra; mis aptitudes físicas, mi timidez, la absoluta falta de confianza que tengo en mis acciones, la variabilidad de mi carácter que me impide siempre tomar partido o decidirme sobre la marcha, la ausencia de esas pasiones fuertes que empujan a otros a la tribuna y les hacen hablar a veces con elocuencia; en fin, la falta de costumbre de relacionar las ideas en una sucesión de frases regulares e improvisadas, esos son parte de los obstáculos que me mantienen en el silencio y me impidieron siempre desempeñar un papel en una asamblea como la nuestra... Me siento a menudo humillado por estas comparaciones... en lo sucesivo es preciso que aprenda a prescindir de la consideración pública, del renombre, y que me cubra con el abrigo de la filosofía, tomando por divisa: 'qui bene latuit, bene vixit'»³⁰.

Creo que estas palabras de Biran hablan suficientemente claro de la amargura y resentimiento por no poder vencer esa timidez de carácter, a pesar de los constantes esfuerzos por conseguirlo. Todo le inclina y le va empujando a poner en la filosofía su única y específica actividad, que dé sentido a su vida y le ayude a mantener el *compos et consciunt sui*, el dominio de sí, que va siendo, cada vez más, una obsesión en su vida.

No quiero cargar las tintas en tantas y tantas citas y descripciones, a veces muy concretas, que sobre su timidez, el propio Biran confiesa en su diario. Valga el ejemplo anterior en toda su amplitud, como una muestra, quizás no la mejor elegida ni la más expresiva. Y valga también esta descripción de la frustración íntima del filósofo ante la imposibilidad de «dominarse» en sus actuaciones públicas, para hacer ver, una vez más el conjunto que forman la vida y la obra de Maine de Biran.

Estos detalles de falta de dominio y de control en las actuaciones, lejos de desanimar a Biran, le lanzaron, por el contrario, a la búsqueda de una solución efectiva. El modelo a seguir estaba muy claro. El estoicismo fue el ideal resplandeciente, que nunca se borró de su pensamiento. El hombre fuerte, que aguanta todas las contrariedades con calma, que mantiene siempre una línea de conducta recta y razonable y que es capaz de controlar toda su actuación con el esfuerzo de

30. J. I, pp. 30-31.

su voluntad, era algo que no podía pasar inadvertido para el carácter que acabamos de describir. Biran conoce perfectamente las normas del estoicismo en moral; cita el Manual de Epicteto y los soliloquios de Marco Aurelio con toda soltura. Séneca y Cicerón son personajes familiares en sus obras.

Pero por más que se esfuerza, no logra imitar el modelo. Y podríamos decir que aquí comienza el biranismo. A Maine de Biran se le ocurre la idea de que el ideal estoico puede ser perfectamente conseguido, si se logra dominar y controlar el influjo de lo físico en lo psíquico. En otras palabras, ¿por qué no tratar al hombre como a un ser más de la naturaleza? ¿Por qué no se puede llegar a una física experimental del alma?

La solución está bien clara, piensa Biran, y será la psicología el arte con el que el hombre «ilustrado» ayude a su débil máquina en la consecución del ideal estoico.

Esta primera época de Biran, de admiración por el estoicismo, será el motivo y la justificación de que Biran comience «La ciencia del hombre interior».

Pero, pasemos ya a otro aspecto, que también me parece un efecto profundo de esta misma debilidad de carácter y que ha motivado sus escasísimas publicaciones: el perfeccionismo meticuloso en la elaboración de sus escritos.

Su primera *Memoire sur L'habitude*, presentada al Instituto, sólo obtuvo una mención honorífica y Biran se puso rápidamente a «retocarla». La segunda Memoria, que fue premiada y editada, no apareció en público con el mismo contenido que tenía al ser premiada, sino corregida y con gran cantidad de notas. Y una vez editada, Biran se arrepiente de ello, por no considerarla aún terminada del todo. En una carta a su amigo Degerando le dice: «Estoy muy preocupado por la primera impresión que le haya causado la lectura de mi memoria. Le he dicho francamente que estaba muy lejos de sentirme satisfecho de ella, y cuanto más reflexiono ahora... tanto más aumenta mi descontento, y es mayor el sentimiento de haber cedido a los consejos que determinaron la impresión prematura de una memoria tan imperfecta»³¹.

Como vemos, esta memoria, que a pesar de todo se publicó, estuvo a punto de quedar inédita. Siendo ésta la suerte que corrió «*La memoire sur la decomposition de la pensée*», que, por causas desconocidas, nunca vio la luz pública, en la vida del autor.

31. O. T. VI, p. 148.

«*L'examen des leçons de philosophie de M. Laromiguière*», se editó sin el nombre de su autor. Y en el Vol. II, p. 532 de la *Correspondance du Grand Ampère*³², vemos este curioso comentario de Ampère al respecto: «Maine de Biran no quiere que la gente sepa que es él; quiere que solamente unos pocos lo sepan».

Biran lee y relee sus manuscritos y no se decide nunca a darlos por acabados: «Me he dedicado durante algunas horas a redactar unas notas y a revisar antiguos manuscritos olvidados desde hace más de un año»³³. Y en otro lugar nos dice: «Vuelvo nuevamente a mis antiguas ideas relativas al fundamento de la filosofía; las rectifico y añado a ellas nuevas notas...»³⁴.

«He corregido de nuevo mi artículo (ya premiado) sobre la obra de M. Laromiguière y sobre la realidad del conocimiento. He trabajado con interés cambiando frases, abreviando, rectificando las expresiones...»³⁵.

Como vemos, el perfeccionismo de Biran llega a la exageración en las redacciones, que cree merecen la pena, porque de lo contrario no duda en romper inmediatamente lo que ha escrito: «Borro en cuanto acabo de escribir», nos dice en su diario; y un poco más adelante: «Me aburro de mis propias ideas; no estoy satisfecho de ninguna de ellas; rompo los folios, nada más terminar de escribirlos»³⁶.

Las razones de esta aversión de Biran a publicar están, sin duda alguna, en su carácter tímido y perfeccionista. Ni siquiera se atrevió a que sus ideas fueran leídas por una sociedad, ante la que no pudo imponerse en persona. Identifica el mundo social, con lo que él llama el hombre exterior, y nos dice, como suprema razón de la resistencia a publicar sus escritos: «Para sacar a la luz pública los productos de mi soledad, sería necesario que el hombre interior que los ha concebido se transformara, por así decir, en hombre exterior; pero yo no me siento de ningún modo dispuesto a esta metamorfosis»³⁷.

Y es que, como venimos viendo, Biran no va a la filosofía con ansias de gloria, sino, muy por el contrario, por verdaderas necesidades vitales. Necesita filosofar para vivir. Este es el profundo sentido de la intención con que Biran escribe filosofía y concretamente su diario. Es impresionante esta cita de sus últimos años, comentando a Pascal: «No

32. P. MAINE DE BIRAN, *L'examen des leçons de philosophie de M. Laromiguière*, Paris, Launy, Gouhier-Villers, 1936, Vol. II, p. 532.

33. J. I, p. 214.

34. J. III, p. 88.

35. J. II, p. 58.

36. J. II, p. 264.

37. O. T. XIII, p. 3.

creo que haya muchos escritores menos preparados que yo por este deseo de gloria externa del que habla Pascal; lejos de buscar lo externo yo siento en mí una especie de instinto contrario que me ha impedido publicar hasta esta edad avanzada a pesar de que he escrito mucho. He escrito mucho sobre filosofía para aclarar mis ideas, pero nunca he sentido ningún deseo de conseguir la gloria a los ojos de los otros...»³⁸.

La misma turbación y nerviosismo que se apoderaba de él cuando tenía que hablar en público, aparece cuando se sienta ante los folios en blanco. No tiene ninguna confianza en nada que proceda de su persona. Esto nos explica el doble motivo de sus escasas publicaciones: timidez de carácter y lentitud en la maduración de las ideas. «Mi cabeza necesita más tiempo que otras para que las ideas germinen, echen raíces y adquieran la madurez necesaria para ser presentadas y expuestas en público»³⁹.

Con todo, parece excesivo el calificativo de «narcisismo» en el carácter de Biran. Esta interpretación se le ocurre a Dimitri Voutsinas en su obra *Psychologie de Maine de Biran*: «No escribía solamente para hacer clara su propia existencia (y el deseo secreto de manifestarse ante otros), sino para tener el placer sutil de seguir los caminos de su pensamiento; en tal contemplación experimentaba un placer parecido al que le proporcionaba su propia imagen frente al espejo. Para mostrarse a los otros, para mostrar sus escritos y publicarlos hubiera sido preciso que considerara que al igual que su cuerpo, estos fueran perfectos. Todo esto nos explica sus múltiples inspecciones ante el espejo y los interminables retoques en los escritos»⁴⁰.

La interpretación que de su obra, y en concreto del *Journal*, da este autor, va también determinada por la acusación de «narcisismo»: «El hecho de que no se haya ocupado en toda su vida más que de la preparación de una obra, que nunca sería acabada, es altamente revelador de su psiquismo. Imbuido del amor más profundo hacia sí mismo, hizo de su propio ser el centro de sus análisis. En su *Diario* esto resulta muy claro y lo repite constantemente. En el momento en que deja de amarse, deja igualmente de escribir y poco después muere». Y un poco más adelante concluye: «En definitiva, es este narcisismo dominante el que presidirá los destinos personales e intelectuales de Maine de Biran. El condiciona: a) su introversión, b) su actitud con su

38. J. III, p. 233.

39. O. T. I, p. 195.

40. D. VOUTSINAS, *Op. Cit. in Nota 9*, p. 45.

cuerpo y su espíritu, c) el trato con su familia, el mundo y la religión»⁴¹.

En mi opinión el esfuerzo de Maine de Biran por aclararse a sí mismo, está en una línea mucho más profunda. Es evidente que su introspección es el refugio al que acude guiado seguramente por ese instinto compensatorio que tenemos todos los humanos. Cuando no puede, por la debilidad de su carácter, permanecer en sociedad con una postura serena, propia de un hombre político (como cuenta a menudo en su *Journal*), es cierto que intenta llenar ese vacío con la fuerza de la soledad. *Natura horret vacuum*. Pero no es menos cierto que siempre vuelve a emprender nuevas tentativas para dominarse y lograr un equilibrio estable en toda su personalidad y en todas las circunstancias.

A mi modo de ver sería mucho más acertado calificar a Biran, en términos de la psicología moderna, como un «secundario afectivo», al igual que Rousseau⁴²; «un sentimental puro, con matices, o un emotivo secundario introvertido», que es como le califica B. Halda⁴³.

Pero sea cual fuere el resultado de la discusión sobre el apelativo más adecuado para definir el carácter de Biran, lo que resulta evidente es que precisamente esa faceta dinámica, propia del hombre que conoce lo que le falta y que quiere y no puede, constituye la base y la más clara conexión entre su biografía y su obra filosófica. El ideal de superación será una constante en la vida de Biran, a pesar de que una y otra vez fallen sus propósitos. Para él sólo existe una idea fija: lo moral; y lo moral se identifica con el «*compos et conscium sui*», es decir, con el dominio de sí. Tal es la profunda conexión que tiene su obra con su carácter. Con su obra pretende conseguir lo que le falta a su carácter. Por eso, el hecho de que Biran empiece sus primeros escritos exaltando el estoicismo como modelo de vida moral y de dominio de sí mismo, debemos entenderlo, a mi modo de ver, desde esta descripción de su carácter tímido y expuesto a todos los cambios. Y si pretende superar su falta de voluntad para la puesta en práctica de los preceptos estoicos, por medio de la ciencia y del proyecto de moral sensitiva de Rousseau, debemos pensar siempre que estamos ante un hijo de la Ilustración y del Siglo de las Luces.

DAVID SACRISTAN GOMEZ

41. *Ibid.*, pp. 45-46.

42. R. LACROZE, *Maine de Biran*, Paris, P.U.F., 1970, p. 4.

43. B. HALDA, *Pour connaître la pensée de Maine de Biran*, Bordes, 1970, pp. 41-43.